

LA NOVELA

8



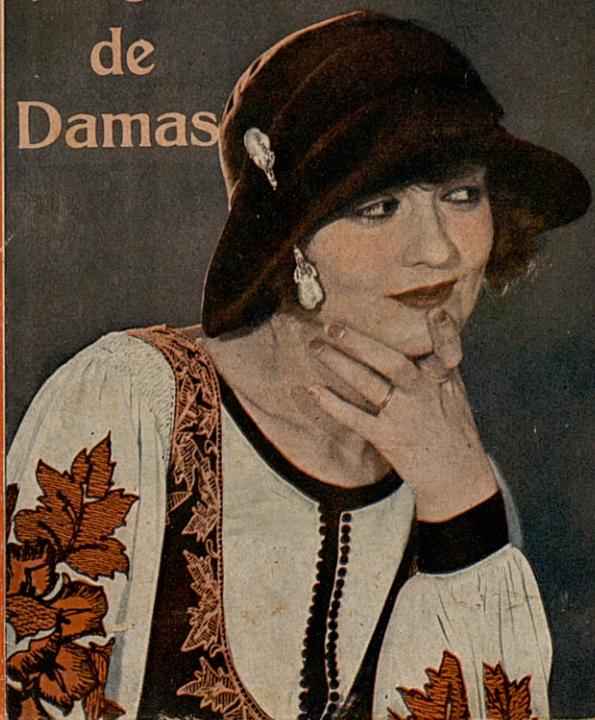
METRO - GOLDWYN

CORPORATION

Juego

de
Damas

Doris Kenyon



25
CTS

GREEN, Alfred E.

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

8

METRO-GOLDWYN-MAYER
:: y FIRST NATIONAL ::

25

Cént.

Ediciones BISTAGNE. - Vía Layetana, 12. - Barcelona

JUEGO DE DAMAS

(LADIES AT PLAY, 1926)

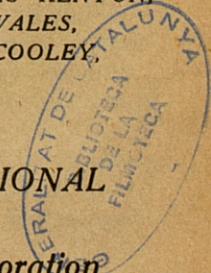
Divertida comedia americana admirablemente interpretada
por VIRGINIA LEE CORBIN, DORIS KENYON,
LUISA FACENDA, ETHEL WALES,
LLOYD HUGHES, HALLAN COOLEY,
JOHN PATRICK, etc.

Producción FIRST NATIONAL
DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona



JUEGO DE DAMAS

Argumento de la película



I

UN MATRIMONIO CONDICIONADO

En el hotel Chatesworth, en la ciudad de Nueva York, tiene que darse lectura aquella mañana al testamento de Mary Harper, la original solterona, que ha dejado una fortuna de seis millones de dólares.

Entre los herederos que acudirán a la lectura del citado documento, figuran dos primas de la difunta: Sara Harper de Casoville y Kate Harper.

La primera es una solterona empederada, celosa de su reputación y de su honestidad, y en cuanto a Kate, es una buena señora que llegó en un soplo a los cincuen-

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

ta otoños, esperando al príncipe que nunca había de llegar...

Las dos hermanas acuden esperanzadas y sus sonrisas son persuasivas cuando llegan al hotel, en donde las señala sus habitaciones el encargado del "comptoir", Gilbert Barry, un muchacho que dejó la Universidad para dedicarse a las letras... de un casillero de cartas...

A poco de llegar, hicieron su aparición, también para asistir a la lectura del susodicho testamento, dos sobrinas de las Harper: Ana Harper, de Filadelfia, que nació en una primavera y vivía en el esplendor de otra, y Betty Harper, que había entrado en la adolescencia bailando el charlestón, es decir, mucho más alegre que unas castañuelas.

Las dos viejas, que esperaban que su hermana las hubiese dejado el total de la fortuna, cambiaban sus impresiones mientras llegaba el momento esperado con tanta impaciencia, y Sara le decía a Kate:

—No te fíes de los hombres... En cuanto tengamos los millones, todos se querrán casar con nosotras...

—Ah, pero es que yo sabré adivinar si un hombre me quiere a mí o mi dinero!

Y Betty, que había sorprendido aquellas reflexiones, se decía sonriendo:

—¡Habrás visto vejestorios, que aun piensan en casarse...! Ni con todos los millones del mundo encontrarán quien las diga "por ahí te pudras"...

A primera vista se notaba que entre tíos y sobrinas no reinaba la armonía más perfecta...

No podían perdonar las solteronas a aquellos dos pimpollos la frescura de su tez y los encantos irresistibles de su juventud.

Esta hostilidad ya empezó a manifestarse cuando penetraron en la habitación en que el notario se disponía a dar lectura del famoso testamento.

Se sentaron en dos bancos, frente a frente, cual si fueran a tomar parte, como gallos, en alguna pelea sangrienta, mirándose iracundas unas a otras.

Y empezó la lectura.

El notario, un viejecito simpático y pulcro, calóse las gafas y abriendo el sobre en que se encerraba el documento, después del formulario de rigor con que se encabezaba el escrito, llegó a la parte sustanciosa.

Sus cuatro "oyentas" eran todo oídos.

Lego: primero a mi prima Kate, que se ha distinguido por su interés...

Kate se creyó en el caso de poner los

ojos en blanco y suspirar compungida:
—¡Pobre prima mía...!

Pero hubo de interrumpirse, indignada, al oír el resto:

...en meterse en lo que no la importa, lego un refajo de alpaca y un dólar.

El canotier de Kate adquirió sobre su cabeza una inclinación completamente trágica...

El notario siguió leyendo:

A mi sobrina Betty, la suma de cien mil dólares...

Betty lanzó una exclamación de alegría y abrazó entusiasmada al bueno del notario que no salía de su asombro.

—¡Cien mil dólares...! ¡Cien mil dólares!
— repetía una y otra vez alborozada.

Y a mi prima Sara, que es tan buena como el pan...

—¡Para mí los millones! — parecían decir los ojos chispeantes de la aludida.

¡Pero, mi gozo en un pozo...! ¡Había también una continuación!

...cuando está duro, un dólar y una docena de botellas de zarzaparrilla.

Ya no faltaba más que una heredera, y

los millones aun no habían dejado oír su carcajada de oro...

Seguramente que la gran tajada sería para Ana... En efecto:

A mi sobrina Ana — siguió leyendo el notario—, seis millones de dólares...

Nueva explosión de júbilo en las primas jóvenes y un casi desmayo de las "solteroncitas"...

Y no sólo eso, sino que parecía que las cuatro mujeres iban a morderse; pero el notario puso término a los arrebatos de unas y otras, diciendo:

—¡Un momento, señoras... falta una cláusula!

—¡A ver...! ¡A ver...! — gritaron las cuatro.

Pero — leyó pausadamente el argos de la ley—, dicha Ana Harper deberá contraer matrimonio dentro de los tres días que sigan a la lectura de mi testamento... siendo requisito indispensable la aprobación de mis primas Sara y Kate...

—¡El demonio de la vieja! — murmuró en voz baja Betty.

—¡Pues nos hemos lucido! — articuló en el mismo tono, Ana.

Las dos solteronas, que se encontraban,

de pronto, elevadas a la categoría de árbitros de los destinos de su rival en herencia, se pusieron en pie para retirarse dándose aires de importancia.



...y abrazó, entusiasmada, al bueno del notario que no salía de su asombro.

Entonces, Ana, acercándose a ellas, les preguntó intranquila:

—¿Y qué clase de hombre prefieren ustedes, queridas tías?

—¡Tiene que ser perfectamente respectable... —dijeron a coro — ...de irreprocha-

ble abolengo... y enemigo de la liviandad y el desorden!...

—¿Y nada más?

—Nada más. Si encuentras un hombre de estas condiciones, daremos nuestra aprobación.

—¿Y dónde diablos se encuentra un tío así?... — se preguntaron Ana y Betty, perplejas.

En aquel momento, el notario se creyó en el caso de hacer una proposición *ventajosa*:

—¿No serviría yo por ventura? Le advierto que no he galanteado nunca, ni a la mecanógrafa.

Pero Kate le interrumpió furiosa:

—¡A otro perro con ese hueso! ¡De fijo que se ha ganado más bofetadas que pelos tiene en la cara.

Y hubo que desechar al notario.

Mientras Betty y Ana se miraban pensativas, las dos tías salieron de la habitación, no sin antes decir desde la puerta en son de reto:

—¡Ya lo sabes... primero nuestro consentimiento; sino, no hay millones! ¿Qué te creías?...

II

EN BUSCA DE UN MARIDO

Después de la anterior escena, Ana se quedó pensativa. ¿Cómo encontrar un marido con aquella rapidez?

Betty, que por aquello de los cien mil dólares tenía una prisa loca en que su prima se casase cuanto antes, la dijo, sacándola de su mutismo prolongado:

—¡Pero, por Dios, querida prima, no te acuerdas!... ¡A casarse en seguida!...

—¡Bah! ¿A qué tantas prisas? — contestó Ana, tranquilamente—. Después de todo no necesito el dinero para comer. Con no casarme quedamos en paz...

—¡Tú sí, querida Ana... pero acuérdate de mis cien mil dólares, por Dios!

—Si algún día me caso, será por amor... no por seis millones de dólares...

—Oye, y puesto que tan pocas ganas tienes de ello, ¿por qué no alquilamos un marido?

¡Hazlo por mí, Ana! Podíamos arreglar un casamiento de quítapón.

—Sí, pero, ¿dónde se encuentra el hombre necesario?

En este momento sonó el timbre del teléfono.

Ana se apoderó del auricular.

—¿Quién es?

—Habla el encargado de la correspondencia, señorita. Tengo una carta urgente para usted.

Betty se volvió hacia su prima:

—¿Quién es?

—El encargado del hotel, que tiene una carta urgente para mí.

—Oye, ¿es el Adonis del mostrador? ¿Por qué no pruebas de echarle el guante?

—¡Caramba, tienes razón...! Podía ser una solución. Vamos a probar y al menos nos divertiremos un rato.

Y contestó por teléfono:

—¿Tiene usted la amabilidad de subírmela, señor... empleado?

El comunicante era un muchacho serio, formal, muy pagado de sí mismo, porque, como decía muy bien Betty, se sabía guapo.

Al oír la orden de Ana, se encogió de hombros y cogiendo del casillero la carta urgente llegó hasta la habitación de las primas.

Cuando Barry — así se llamaba el pollo —

llegó a la puerta, Betty se había escondido estratégicamente dejando sola a Ana que adoptó una pose de seductriz encantadora.

—¡Señorita...!

—¿Es usted, señor Barry? Haga el favor de entrar...

Barry, algo extrañado, abrió la puerta y se quedó de una pieza. La verdad es que la futura millonaria estaba para comérsela.

—Siéntese un momento. Quizá requiera contestación inmediata.

Y Ana leyó rápidamente la carta.

—No es más que una declaración de amor.
¡Qué infeliz! ¡Declararse por correo!

Barry continuaba callado, preguntándose en qué iba a acabar todo aquello.

La pregunta de Ana lo dejó turullato:

—¿Qué opina usted del matrimonio?

—La verdad, no he pensado en ello, pero...

—Vamos a ver... Si se fuera usted a casar, ¿qué clase de mujer escogería usted?

—Ya le he dicho que no pensé nunca en semejante cosa... pero, en último caso, me casaría con una mujer que supiera comprenderme y que me gustara.

—¡Hombre, no está mal! Pues mire usted lo que me dicen en esta carta:

Sus ojos son preciosos — leyó Ana — y sus cabellos son hilos de oro...

—Muy poético... pero muy cursi...

—Oiga usted, voy a hacerle una proposición. Le doy seis mil dólares si se casa conmigo...

—¿Quiere significar que va a darme dinero para que me case con usted?

—Me parece que lo he dicho bastante claro.

—Señora — contestó Barry, indignado y poniéndose en pie, muy digno—, yo no soy un saldo que pueda comprarse. Porque tiene dinero se cree usted que todo está en venta...

—Pero, si es que...

—Seis mil dólares por casarme con usted?
¡No me caso con una mujer así, ni por seis millones!

Y el orgulloso encargado salió de la habitación cerrando la puerta con estrépito y diciéndose para sus adentros:

—Me parece que he estado en mi sitio.

Por su parte, Ana estaba anonadada y en cuanto a Betty, que oculta tras la cortina había escuchado toda la conversación, no salía de su asombro.

—Cuesta más tiempo del que parece conquistarse a uno de estos literatos de mostrador!

—¡Qué simpático es, Betty! ¡Tiene una filosofía admirable!

—Sí, pero con esa filosofía y esa simpatía no arreglamos nada.

—¡Es verdad!

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Hay que trazar un plan... Ahora empiezo yo a interesarme por lo del matrimonio y, ya está decidido: ¡me caso con él!

—Están verdes! Ese pollo no es de los que se dejan dominar así como así...

—Creo que tengo el medio. Es un muchacho decente y si yo pudiera hacer que él me comprometiera a los ojos de las gentes, mis tías se verían obligadas a casarme con él...

Pero pasó medio día y la reputación de Ana seguía intacta.

En vano trataron de hacer que Barry subiera otra vez a su habitación. A las llamadas telefónicas contestaba el pollo con negativas rotundas.

—Mi prima le ruega que suba usted a su cuarto — le dijo, decidiéndose a hablarle en el mostrador, la traviesa Betty—. Quiere pedirle perdón por lo de ayer...

—Perdone, señorita, pero no puedo subir.

Y Betty le decía, un minuto después, a su prima:

—Chica, no se da por aludido. Tiene miedo de que le raptemos.

La misma Ana se decidió a hablarle:

—Por favor, suba usted y oiga mis disculpas.

Que siquieres: Barry colgó el auricular después de dejar oír un sonoro gruñido.

Decididamente, el encargado del mostrador era una reproducción exacta del casto José...

Aquello no podía quedar así.

Y Betty se decidió a obrar por su cuenta.

III

DOS POR FALTA DE UNO

Para poner su plan en ejecución, Betty se entrevistó con el gerente del hotel, con el mejorloso señor Coakley.

—¿Quiere usted hacerme un grandísimo favor, señor Coakley?

—Usted dirá, señorita...

—¿Podría usted disponer de unos minutos para comprometer gravemente a mi prima?

—¡Señorita! ¿Por quién me ha tomado usted?

—Yo creí que era usted más atrevido. Pero ¡en fin... usted se lo pierde! ¡No quiere usted ganar cinco mil dólares!

—¿Cinco mil dólares? — exclamó Coakley, abriendo unos ojos tamaños—. ¿De qué se trata?

—¡Gracias a Dios! Verá usted; la cosa no puede ser más sencilla. Yo le encierro a usted, algo ligero de ropa, en el cuarto de baño y no sale hasta que yo le avise. Se trata de que les sorprendan las tías de mi prima y la obliguen a casarse, único modo de que entre en posesión de una importante herencia. Cuando estén todos reunidos, usted sale gritando: ¡Nos han descubierto!

—Perfectamente!

—Pues prepárese usted y suba en seguida...

Entretanto, Ana, a la que le había entrado por el ojo derecho el Adonis del mostrador, no se resignaba a dejarlo escapar e ideó un plan diabólico.

Sobre una mesita, cerca del sofá, colocó un servicio de té, humeante, ardiendo.

Luego, apoderándose del teléfono, llamó al director del hotel y le dijo:

—Señor director: tengo que mandar un anillo muy valioso por correo, ¿tiene usted la bondad de enviarme al encargado de la correspondencia?

—Con mucho gusto, señorita!

Aquella vez Barry no podía negarse y a la orden de su jefe contestó dirigiéndose a la habitación de Ana.

Esta le esperaba sentada en el sofá.

—Adelante!

—El director me encargó que viniera a recoger un paquete

—Sí, señor... pero en este momento se me acaba de caer debajo del sofá. ¿Si usted fuera tan amable...?

Barry se vió en el deber de obedecer, y para poderse meter debajo del sofá con más comodidad, se quitó la chaqueta de la que se apoderó prontamente Ana. Cuando el muchacho estuvo medio cuerpo debajo del sofá, Ana se las arregló de manera de dejarle caer en no muy buen lugar el contenido de la tetera...

Barry lanzó un grito de dolor y se levantó como si le hubieran puesto banderillas...

Aquellos pantalones eran un cáustico, demasiado cáustico, y el muchacho veía las estreñas...

—Señorita, déme usted la chaqueta y déjeme que vaya a quitarme estos pantalones, que me abraso...

Pero Ana, que sonreía gozosa ante el triunfo de su estratagema, lo empujó hacia el cuarto de baño, diciéndole:

—¡Quíteselos usted ahí dentro!

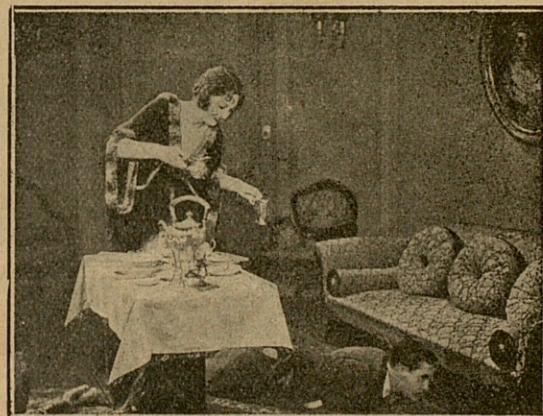
Como la necesidad era urgente, Barry no vaciló y después de cerrar la puerta, se despojó apresuradamente de la prenda martirizante.

Era cuanto deseaba Ana... En aquellos momentos entraban en la habitación las dos tías,

Kate y Sara, y Ana, al verlas, dijo, melosa, como si hablase con un amante:

—¿Cómo estás, Gilbertito?

—¡En paños menores, ya lo sabe usted...!



Ana se las arregló de manera de dejarle caer en no muy buen lugar el contenido de la tetera.

— contestó, furioso, el encargado incorruptible.

Pero el efecto estaba logrado y la tía Sara, mirando a su sobrina con ojos de basilisco, exclamó:

—¿Qué significa esto? ¡Un hombre en tu cuarto!

—Salga usted al instante, libertino! — gritó, furiosa, Kate.

Y el pobre muchacho, acurrucado en un



—¿Qué significa esto? ¡Un hombre en tu cuarto!

rincón del cuarto de baño, no se atrevía a moverse...

—¡Se casará usted con la muchacha... sátiro!

Ana se restregaba las manos de gusto.

Pero no contaba con la huéspeda y la hués-peda era Coakley que, en aquel momento, y obedeciendo las órdenes de Betty, se presentaba en el mismo disfraz que Barry... aproximadamente.

—Pero, ¿qué hace usted aquí, Coakley? — preguntó Ana, sorprendida.

—Salí a tomar el fresco un rato...

Apenas acababa de contestar estas pala-bras, cuando se dió cuenta de la presencia de las tías y exclamó en tono patético:

—¡Nos han descubierto!

Entretanto, las tías no salían de su asom-bro.

—¡Eso ya son palabras mayores! Uno, pa-se, pero si te dedicas a hacer colección...

—¡Tía Sara: no juzgue usted por las apa-riencias...!

—¡Apariencias? ¡Querrás decir aparicio-nes! ¡Darte nuestro permiso? ¡De ninguna manera...! ¡No faltaba más!

Y las tías salieron de aquella habitación echando demonios.

Barry recogió sus prendas exteriores y sa-lió precipitadamente maldiciendo de aquella primita entrometida...

Ya solos, Ana se volvió a Coakley:

—Pero, hombre de Dios, ¿a qué ha venido usted? ¡Me ha fastidiado de medio a me-dio!

—Yo traté de ayudarla a usted, de acuerdo con su prima... ¿Cómo iba a suponerme que el otro venía a lo mismo?



—*¿Apariencias...? ¡Querrás decir apariciones!*

Y cuando Ana se vió sola, exclamó pensando en sus tías:

—*Conque os bastan las apariencias? ¡Pues ya os daré yo apariencias!*

IV

DOS PÁJAROS DE CUIDADO

Al segundo día de los tres de plazo para que el testamento de la tía fuera válido, Ana había dado con dos buscavidas dispuestos a buscarle tres pies al gato por unos cuantos billetes.

En pocas palabras les expuso el papel que debían representar: hacer el amor a las dos solteronas y llevarlas a una encerrona para que ella y su prima las cogieran *in fraganti* y no tuvieran más remedio que dar su consentimiento para que ella se casara con Barry, al que esperaba acabar de conquistar en veinticuatro horas, como plazo máximo.

—Kate caerá fácilmente, pero Sara es más desconfiada... tenéis que andar listos y no darle tiempo a reflexiones.

—¡Pierda usted cuidado... las vamos a dejar comprometidas para el resto de su vida!

Puestos ya de acuerdo, las dos primas regresaron al hotel a esperar tranquilamente el resultado de su ingenioso plan de batalla.

Al pasar por delante del mostrador, Ana aprovechó la ocasión para dirigir a Barry una de sus más incendiarias miradas y decirle:

—Siento mucho lo sucedido, señor Barry...



—Pero, hombre de Dios, ¿a qué ha venido usted? Me ha fastidiado de medio a medio.

pero crea usted que me llevó a hacer lo que hice, la mejor intención...

"Voy a salir un momento con mi prima... Tenga usted la llave de mi habitación y guárdela bien..."

Al poco rato, aparecían en el hotel los dos

ratas encontrados por Ana, acicalados convenientemente.

Una vez en el mostrador, preguntaron a Barry por las hermanas Harper.

Ya en comunicación con ellas por el teléfono interior, uno de ellos habló en la siguiente forma:

—Somos los sobrinos del tío Ezequiel... los hijos de Zacarías Plata de Hartoville... El tío Ezequiel nos encargó que viniéramos a saludarlas. ¿Quieren ustedes cenar con nosotros?

Las dos viejas se consultaron previamente:

—¿Qué hacemos? ¿Comemos solas o vamos con ellos?

—Iremos con ellos, si te parece — dijo Kate, decidida.

—Como quieras...

Y después de componerse en los detalles, bajaron a reunirse con los hermanos Plata.

Entretanto, el policía del hotel había visto a los dos intrusos y le preguntaba al encargado del hotel:

—¿Qué hacen estos tipos aquí?

—No sé...

—Pues tenga usted cuidado... Son los famosos Tommy, el Merengue y Benny, el Sorbete. ¡Explotan el físico!

¡Vamos, eran dos amorcillos a tanto la hora!

Las hermanas Harper se encontraban al fin frente a frente de sus parientes. Al principio,

al verlos tan jóvenes y *apuestos*, temieron equivocarse, pero pronto el Merengue las sacó de dudas. Acercándose, muy fino, las preguntó con el sombrero en la mano:

—Ustedes perdonen, ¿son ustedes las hermanas Harper?

—Las mismas... pero no tenemos el gusto...

—Somos los hermanos Plata... Nuestro tío Ezequiel nos ha hablado de un casamiento con ustedes... Es su deseo más ferviente.

—¡Oh... oh... un casamiento! — exclamaron a dúo los dos adefesios.

—Claro que esto es cosa para pensarla despacio — dijo el Merengue —, pero si a ustedes les parece, podemos tratar de esto más despacio, mientras cenamos... iremos a Deauville, que está ahí enfrente...

Aceptado el ofrecimiento, se dirigieron todos en amor y compañía al restaurante cercano y a poco estaban instalados frente a una mesa.

En otra, situada estratégicamente, Ana y Betty asistían a la escena.

—¿Qué aperitivo desean ustedes? — preguntó el Merengue, que ya debía de tener preparada la juerga con el camarero del restaurante. — ¿Jarabe de cerezas?

—Como ustedes quieran...

Y a poco, llegaba el mozo con un picón algo subido de tono.

Después de servir, empezaron, Sara y Kate, a saborear aquél jarabe extraordinario.

—¡Qué sabor más extraño tiene esto! — dijo Kate, brillándole los ojos.

—Es exquisito! — corroboró Sara.

Y empezaron, incautas, a libar, sintiendo que un alegre cosquilleo les jugueteaba por todo el cuerpo.

La pítima había cogido el expreso y llegaría pronto a su destino... Los Plata empezaron su juego atacando aquellas dos *fortalezas*.

Pero, entretanto, en el hotel ocurría algo catastrófico.

En el mostrador se había presentado un caballero preguntando a Barry:

—Desearía ver a las señoras Harper... mi nombre es Ezequiel Plata...

—¿Ezequiel Plata? ¡Qué casualidad! Salieron hace un momento con sus sobrinos de usted...

—¿Mis sobrinos? ¡Todos mis sobrinos son sobrinas!

—Entonces...?

—Me parece que aquí se trama algo... ¡Venga usted conmigo y vamos en busca de ese par de prójimos y del otro par de imbéciles.

Y el tío Ezequiel, acompañado de Barry, se dirigió como un rayo al vecino restaurante Deauville.

En cuanto Ana los vió entrar, le dijo a Betty, asustada:

—¡Estamos perdidas! ¡Mira quién viene allí! ¡Barry... y el que le acompaña es el tío Ezequiel! ¿Qué hacemos?

Betty, que tenía más sangre fría, decidió en un segundo.

Se puso en pie y llamando al *maitre d'hôtel*, le dijo, fingiendo un susto morrocotudo:

—*Maitre*, aquellos dos hombres nos insultaron en la calle y nos han seguido hasta aquí... ¡Sálvenos usted...!

El pobre hombre se tragó el embuste y cuando tío... y futuro sobrino, iban a arrojarse sobre los supuestos hermanos Plata, se vieron arrojados violentamente del local por un enjambre de camareros.

Entretanto, Betty había llamado al Merengue y le dijo apresuradamente:

—¡Ya están en sazón! ¡Llévenlas a su casa antes de que les dé un patatús!

La orden se cumplió en pocos minutos y ya una vez en las habitaciones de las Harper, los dos "socios" se apresuraron a despojarlas de abrigos y sombreros, lo que hicieron con aquella "finura" de modales que les caracterizaba...

Por unos momentos dejaronlas solas y se retiraron a la habitación contigua a ultimar el plan de ataque en el momento oportuno.

Y Sara, la austera Sara, le decía a Kate con los ojos en blanco:

—Me parece que te quitó el abrigo y el sombrero un poco bruscamente...

—Me gusta que sean bruscos — contestó, melosa, la austera número dos.

—¿Qué harías tú si uno de los muchachos Plata quisiera darte un beso?

—Gitaría!

—Pero si apenas se te oye!

—Me resis... tiría... deses... peradamente...

Mientras tanto, los dos Plata tenían una reunión confidencial con las primitas Ana y Betty:

—Ya sabéis — les decía ésta —, cuando esté todo a punto dais con el pie en el suelo y subiremos con suficientes testigos...

—Convenido.

Y los Plata volvieron a reunirse con "sus adorados tormentos", que estaban ya a punto de jalea...

Kate era la que seguía ponderando las cualidades de los dos seductores:

—Me gusta su bigotito...!

—Ese bigotito es mío! — contestaba Sara.

—Anda la Osa! — exclamó al oirlas el Merengue. — Se están peleando por ti!

—Malditas viejas...! Si no fuera por lo que es...!

—Mira, acabemos pronto, porque yo ya estoy hasta el pelo.

—Y yo...

Había llegado el momento decisivo.

Los dos tenorios entraron decididamente en la habitación donde se encontraban las tías Harper y...

La escena que siguió fué verdaderamente épica... Kate y Sara se debatían entre los brazos de los dos golfos, que se partían el talón golpeando en el suelo para dar la alarma, mientras sus "encantadoras" conquistas gritaban hasta desgañitarse...

Y claro, a los golpes de los unos y los gritos de las otras, llegaron a la habitación Ana y Betty por un lado y Barry por otro.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos los dejó turulatos...

Las tías no sabían donde meterse, y los dos próximos no sabían por dónde salir.

Ana, entonces, dirigiéndose a Barry, le dijo, comiéndoselo con los ojos:

—Señor Barry, ha llegado usted a tiempo. Esos dos aventureros trajeron engañadas a mis pobres tías a esta casa... pero yo les seguí la pista...

Y dirigiéndose a Sara y Kate, añadió:

—Y ahora, ¿qué me cuentan ustedes de las apariencias?... Espero que después de lo ocurrido, no me negarán ustedes su consentimien-

to para que me case con este joven tan simpático...

—¡Así me gusta, Ana!... ¡Yo, por mi parte, no tengo inconveniente...!

—Ni yo...

Barry miraba a todos los testigos de aque-



—¡Yo, por mi parte, no tengo inconveniente!
—Ni yo...!

lla escena, atontado... y a Ana, más atontado todavía.

Esa, acercándosele melosa, le dijo, persuasiva:

—¿No quiere usted casarse conmigo?

Barry vaciló un momento y al fin contestó decidido:

—Sí... pero yo soy pobre y usted es muy rica...

—¡Alguien tiene que casarse con las muchachas ricas...! ¿Me quiere usted?

—¡Oh, sí, Ana, te quiero...!

Ana lanzó un suspiro, y arrojándose en sus brazos, murmuró en voz baja:

—¿Y por qué no me lo dijiste ayer...?

Los seis millones de tía Mary habían encontrado destinatario...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

**LA BAILARINA
RUSA**

por

Colleen Moore

Producción FIRST-NATIONAL

La novela METRO-GOLDWYN
sale todos los viernes

25 cts.

